

Al leer el informe que usted tiene también entre manos, me he sentido transportado a un tiempo que es a la vez prehistoria, historia colonial y crónica negra de nuestro tiempo. Son tres tiempos en uno que muestran que la historia colonial del Paraguay no sólo se repite, sino que nunca acabó. Es una crónica extraordinaria, dramática, sorprendente, realísima y a la vez fantástica, extraña, llena de rasgos de profunda humanidad, pero también cruel; al mismo tiempo simple y complicada. Están los indígenas libres y nunca contactados, los ya cazados y reducidos, están los conquistadores y los misioneros, están los defensores de indios y un Estado paraguayo que parece no entender que en este

lugar del Chaco se juega una parte importante de su soberanía y de su futuro; un Estado que si no sabe dar a este asunto una respuesta cabal no la podrá exigir en otros campos donde su soberanía e integridad están en juego. Los derechos indígenas y sus territorios son aval –e hipoteca– de nuestros derechos como nación.

Este informe que su autora, Verena Regehr, titula *El grupo Areguede-urasade en Chaidi - Alto Paraguay, Chaco (2004)*, se desarrolla como un drama en tres actos. Estamos frente a un escenario toda-vía virgen y al mismo tiempo amenazado, imponente en su majestad agreste, pero ya herido y maldito por el invasor. Y nosotros, que no podemos ser simples espectadores.

El primer acto presenta el reencuentro entre dos grupos de indígenas Totobiegosode que hacía años habían quedado alejados entre sí; unos permaneciendo en la libertad de la prehistoria aunque continuamente amenazados; los otros, ya reducidos en la misión A las Nuevas Tribus desde las cacerías humanas de 1979 y 1986 y obligados a

una vida absurda de cazar para vender pieles silvestres o buscar míseras changas entre los colonos mennonitas. En pocos años los senderos se habían bifurcado. Pero en *2004* se daba el reencuentro. El ayoreo Ingoi Etacori lo cuenta magistralmente en un relato de una autenticidad y una frescura extraordinarias.

Pasados los primeros sustos y recelos, los dos grupos se aproximan. Ya se reconocen por sus nombres y como parientes. Y, como es de rigor en su cultura, hay intercambio de regalos. Enseguida se produce el intercambio de informaciones. ¡Cuánto hay por contar! Todos quieren saber qué ha sido de los vivos y de los difuntos. Y, poco a poco, unos cuentan y otros se enteran de cómo han sido repetidamente acosados y perseguidos en *1994*, en *1998*, en *2003*... Y las topadoras avanzando, destripando el monte, arrancando y destruyendo. Hechos que en el Paraguay no conocíamos y que los invasores callaron. No son proezas que merezcan respeto.

Como en los procesos coloniales más característicos, entran los invasores en casa

ajena con aires de conquistador, con sus armas de destrucción que ahora atacan al medio ambiente, pretenden encubrir la existencia de pueblos que todavía están ahí, porque han decidido sus-tituirlos por vacas. Y los habitantes de ese territorio, que es suyo desde hace milenios, tienen que huir, huir siempre más lejos. Y se comenta entre risas y llantos los absurdos y ridiculeces de la “civilización”. Los grandes enemigos eran y son los tigres, pero ahora vinieron las topado-ras, de rostro deforme, más fieras e insensibles que el tigre más feroz.

Por favor, dicen los Totobiegosode, “que no se toque el monte, que se paren las topadoras, que el monte se quede porque el monte nos da para vivir”.

El segundo acto da cuenta de una característica del mundo ayoreo que es la rivalidad entre grupos, que en parte es razón de su expansión y posesión territorial y genera líderes que se distinguen por su coraje, su valor y su sabiduría. Mal y tendenciosamente inter-pretado este rasgo de la cultura social y política de los ayoreode,

ha servido a los misioneros y especuladores, tanto colonos como estancieros, para complicar y confundir las relaciones entre grupos indígenas y enturbiar la lucha común por sus territorios ancestrales. El mundo colonial es experto en este tipo de manipulaciones que, desde siempre, forman el entramado de su acción usurpadora de tierras y conciencias. “Divide y vencerás”.

La historia colonial del Paraguay es lo suficientemente larga para que nos quieran engañar con ilusorios programas de desarrollo y progreso. No conozco un solo pueblo indígena que haya mejorado al entrar en la civilización; lo que les espera es la pérdida de sus territorios, su enajenación cultural y demasiados casos de muerte física.

En el tercer acto entran de lleno los agentes de la llamada “sociedad envolvente”. Ahí se suceden las escenas más violentas, las más hipócritas y las más mentirosas. El Chaco todavía no ha sido del todo colonizado, pero ya es objeto de oscuros e inconfesables deseos de apropiación mediante arteros y engañosos argumentos. El Chaco -que ya tiene sus dueños, que son los indígenas que lo

han habitado desde los tiempos de sus culturas milenarias, antes, mucho antes de la constitución del Estado paraguayo- ha sido en los últimos años vendido y revendido sobre el papel, aún antes de ser conocido, por especuladores que lo quieren usurpar, saquear y depredar.

En esos tres grandes actos -que se desarrollan en tres escenarios simultáneos y distantes- está representado todo el drama humano de una sociedad indígena a la que se le niega el derecho a ser diferente, de vivir donde siempre ha vivido, de presentarnos un modo de vida alternativo, incluso con una economía propia, al fin más sostenible que la nuestra.

Tres tipos de sociedad niegan abierta o solapadamente el modo de ser de los indígenas y, en consecuencia, les han usurpado sus derechos: los compradores y especuladores de tierras en el Chaco, los inmigrantes (especialmente mennonitas) y los misioneros.

Las misiones de diversas procedencias y denominaciones, con sus proyectos “civilizadores”, si bien procuraron en muchos casos mi-tigar las condiciones de miseria a

las que eran empujados los indígenas, no supieron ni pudieron asegurarles la posesión de sus territorios ni desarrollar y fortalecer su identidad étnica y cultural, sin la cual cualquier proyecto está abocado al fracaso.

Hay que felicitarse de que casi no haya paraguayos entre esos agentes, aunque la omisión del Estado es gravísima. Su presencia es la ausencia. Es cierto que a veces los gobiernos del Paraguay se encontraban ellos mismos en situación de debilidad para poder exigir cualquier respeto a los derechos de la ciudadanía, sobre todo cuando en el caso de los indígenas ésta ni siquiera era reconocida como tal. En realidad, a medida que los indígenas entraban en conflicto con los poseedores –falsos propietarios– de sus tierras, eran mirados como problema y como población sobrante. Difícilmente se pensó, ni se piensa ahora, que sean solución por su modo de vida, en una zona en la que, sin embargo, han hecho cultura desde hace miles de años.

De sus bienes culturales ni siquiera se trata a nivel nacional y las lenguas chaqueñas son tenidas como rareza exótica

destinada a la desaparición. La invitación abierta o solapada a que dejen sus lenguas y su cultura, así como su organización social y política, es constante. Las propuestas que van en contra de los indígenas se presentan razonables y obvias. Mantener territorios indígenas es considerado extraño y ridículo cuando, sin embargo, ya hubo y hay en el Chaco verdaderos “territorios” constituidos por fábricas de tanino, por empresas agroganaderas, por simples estancias y por colonias mennonitas que se configuran como estados sin Estado o estados dentro del Estado y gozan de la aceptación benevolente de parte de la población, aún de la que no conoce esta situación. Los soldados del Chaco, olvidados, esperan sus últimos días en la nostalgia gris.

Lo curioso de la relación del Estado paraguayo -por omisión pero también por acción impropia y tímida- con los pueblos indígenas del Chaco no es una cuestión del tiempo colonial sino del neocolonialismo moderno, más agresivo y rápido en sus actuaciones que el antiguo. Un reciente esfuerzo de entidades públicas y privadas es

la creación de una Mesa Interinstitucional, conformada a pedido de la Organización Ayoreo Totobiegosode con apoyo del Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo en el Paraguay. El objetivo más general es coordinar acciones y voluntades para lograr la titulación y conservación de un área central de las tierras y bosques que este pueblo reclama —desde hace más de una década— en el Departamento de Alto Paraguay, en beneficio de sus derechos y los de sus parientes en el monte.

Pero sólo los resultados concretos de esta auspiciosa iniciativa mostrarán la viabilidad de acciones tan necesarias, aunque muchas veces poco comprendidas.

Pensar la cuestión indígena exige de todos nosotros una recon-versión de categorías y tomar distancia de nosotros mismos. No se trata sólo de devolver tierras sino de respetar territorios donde otros modos de vida y de organización social y política sean posibles. Lo que parecen utopías son espacios reales donde la calidad de vida es un hecho cuando se han respetado las condiciones necesarias. Los pueblos

indígenas son memoria de futuro, no harapos de un pasado sobrante del que uno puede deshacerse alegremente. Sobre todo en ecología y medio ambiente, las grandes áreas y territorios indígenas se manifiestan como reservas de gran valor para el futuro del país. Si no hubiera indígenas, habría que inventarlos.

Alguien dirá que ésa es la historia del Paraguay, la de las grandes exploraciones del siglo XVI, de los proyectos jesuíticos del siglo XVIII, de la guerra del Chaco en el siglo XX. Que lo de ahora es el último capítulo para cerrar lo que tanto se anhelaba. Los indígenas o serán asimilados o deben morir. Con este pensamiento no hemos adelantado un paso y no podremos dar un paso al frente.

En *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* Carlos Marx escribe: “He-gel subraya en algún sitio que todos los hechos y personajes de gran importancia en la historia aparecen, como si dijéramos, dos veces. Se le olvidó añadir: la primera vez como tragedia, la segunda como far-sa”. Todavía se puede retrucar: la primera

como comedia, la segunda como tragedia; la primera como ensayo, la segunda como crimen.

BARTOMEU MELIÀ, s.j.

14 marzo 2008